

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini, Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin, Agustín Podestá, Ignacio Díaz, Josefina Llach.

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba),  
Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

Editorial	3
Philippe Lefebvre   <b>Biblia y Tragedia</b>	5
Pablo Cavallero   <b>Tragedia(s) Griega(s) y Cristianismo(s)</b>	15
Alois M. Haas   <b>El principio de teatralidad en Hans Urs von Balthasar</b>	23
Jan Heiner Tück   <b>Morir por otro</b>	43
<b>Prefiguraciones de la Pasión en la tragedia griega “Alceste” de Eurípides</b>	
Ignacio Díaz - E. Graham   <b>Tragedias argentinas</b>	55
Alberto Espezel   <b>Virus y esperanza</b>	77
Isabel Pincemin   <b>Decisiones en contextos de incertidumbre</b>	67
Adolfo Mazzinghi   <b>Espacio litúrgico y pandemia</b>	83
Alberto Espezel   <b>Norberto Padilla. <i>In memoriam</i></b>	93

# Espacio litúrgico y pandemia

—  
Adolfo Mazzinghi \*

Ayer

En el último libro de *La ciudad de Dios*<sup>\*</sup>, San Agustín acomete, con su particular estilo, un argumento espinoso: la resurrección de la carne. Defendiendo este artículo de fe, ante quienes lo ridiculizaban, se hace la incómoda pregunta sobre la edad que en la vida futura tendrá el cuerpo glorioso de los santos. Está claro que el hiponense no le teme a las preguntas. No importa aquí la respuesta que da a una pregunta tan concreta, ni tampoco la argumentación que despliega, siempre brillante y no desprovista de un fino humor. Basta con reflexionar sobre la capacidad de formularse esa pregunta.

La resurrección de la carne, quizás el artículo de fe más olvidado de nuestro Credo, sin duda representaba para el Doctor de la Gracia, y para la comunidad de su tiempo, un problema de fundamental importancia. También aborda extensamente la misma temática en el libro XIII<sup>†</sup> de la misma obra, y es esa insistencia lo que llamó mi atención poderosamente cuando abordé la lectura de *La ciudad de Dios*, hace ya más de 30 años. Esa pasión por relacionar nuestra fe enfáticamente con el cuerpo, incluso llegando a límites que hoy podrían parecer exagerados.

Esta defensa acalorada del cuerpo, de la importancia capital de su trascendencia, choca con la acusación que muchas veces se hace al cristianismo, a mí entender injustamente. Dichas acusaciones a las que me refiero podríamos sintetizarlas en la formulada con su natural contundencia por el martillo de Nietzsche. Este entendía la fe cristiana, según su famosa sentencia, como “platonismo para el pueblo”. Dándole a la palabra pueblo, como no podía ser de otra manera viniendo de donde viene, una acepción inequívocamente despreciativa. Nietzsche acusaba a Platón y también a su versión rebajada, el cristianismo, de una especie de huida del mundo, entendido como falsedad, en favor de otro inexistente, proyección de una mente débil que no soporta la realidad concreta.

Sin duda el argumento del filósofo estaba influido por una versión del cristianismo particular, recibido en un ambiente distinto al católico, donde la importancia del “cuerpo” adquiere una menor relevancia. Esta es visible sobre

---

\* Arquitecto (UBA). Miembro de *Communio* Argentina.

<sup>\*</sup> Libro XXII, capítulos 12 al 21.

<sup>†</sup> Capítulos 16 al 23.

todo en la doctrina de la Eucaristía, presencia real de Jesús, una de las principales diferencias que separan a la fe católica de otras iglesias cristianas. Siempre me llamó la atención esta “materialidad”, característica central de nuestra fe, frente a la acusación de un “espiritualismo” que olvida la realidad concreta. Los católicos tenemos una fe decididamente corpórea, y esto nos distingue.

Estas reflexiones son, para mí, particularmente acuciantes en los difíciles tiempos que nos tocan, obligadamente separados de la Eucaristía, el misterio central donde se apoya nuestra fe. Forzadamente nuestra práctica se ha teñido de un espiritualismo que, por ausencia, hace ver la radical importancia que tiene la participación en la Eucaristía, en su forma concreta, que consiste en recibir materialmente el cuerpo del Señor, en la celebración de la misa. La comunión espiritual, remedio momentáneo, encarna el peligro de un espiritualismo mal entendido, que diluya un rasgo tan central de nuestra fe como es esta vinculación con el cuerpo.

Recuerdo en este punto el personaje de Settembrini<sup>‡</sup>, que veía constantemente el peligro del Oriente, entendido este como la excesiva espiritualización de la vida que tiende al inmovilismo. Sin adscribir totalmente a sus temores, estos se fundan en la creencia cierta de que las filosofías orientales proponen una huida del mundo. Esta creencia se encuentra en las antípodas de la importancia que nuestra fe da al cuerpo en todas sus instancias, aun aquellas que, como defiende Agustín, implican para él un destino de trascendencia. El pensamiento de cuño oriental, divulgado principalmente por Schopenhauer, ha tenido entre nosotros un largo recorrido, y me atrevería a decir que en muchas de sus formas es hoy uno de los principales antagonistas de nuestra fe. Diría que estamos en presencia de un virus oriental, lo que también implica casualmente a la enfermedad que nos aqueja.

Cuando momentáneamente se nos quita algo que es central en nuestra vida, esa ausencia adquiere especial relevancia. Una relevancia que impulsa a la reflexión que se pregunta cómo será nuestra actitud, cuando eso nos sea devuelto. No me gusta pensar en un “antes y un después” como tantas veces se proclama con cierta liviandad desde los medios. Soy de los que creen que la vida tiene una consistencia más espesa y que los cambios no son súbitos. Me inclino a pensar que tampoco lo será en este caso, del que ciertamente no se encuentran precedentes en la historia de la humanidad, al menos en esta escala global. Considero algo frívola la imagen que considera nuestro tiempo como excesivamente líquido.

---

<sup>‡</sup> Thomas Mann, *La montaña mágica*.

Pero ciertamente que no todo volverá exactamente igual a como era. Si así lo hiciéramos, habríamos perdido la posibilidad de que este tiempo nos enseñe algo. Mi reflexión se ceñirá, entonces, por razones de mi profesión, concretamente al espacio del culto y a lo que podemos aprender de este tiempo que nos ha mantenido alejado de nuestros templos. Cómo se ha modificado nuestra percepción en estos días y qué deberíamos esperar al regresar a nuestras prácticas habituales. Este tiempo se presenta como una oportunidad para no “pade- cer embotadamente la cotidianeidad”<sup>s</sup>, sino mirarla con ojos renovados.

*Hoy*

La pandemia nos ha obligado a una nueva forma de culto, que todos – creo– hemos entendido como un sustituto momentáneo del que celebramos y pronto celebraremos en nuestras iglesias. Esta nueva forma de celebración a distancia, a través de alguna pantalla, como todo lo nuevo, obliga a tomar decisiones, y en cierta manera a improvisar. Aun de modo inconsciente, cada cristiano habrá recurrido a esta nueva forma de tele-culto de una manera diferente, y habrá respondido de manera desigual a los cuestionamientos que este plantea. En definitiva, la pregunta sería cuál es el modo más eficaz de achicar la distancia, de romper esa pantalla que obligadamente nos separa de la realidad “real”.

Me detendré en nuestro modo, en nuestras singulares prácticas de celebración, no porque las considere especiales, sino solamente porque son las nuestras. Las que pudimos, de una manera nada planeada, poner en práctica cada domingo. Cada familia, o cada uno en singular, tendrá los suyos, pero seguramente de cada situación particular podamos extraer algo para el futuro. Nuestro modo de participación a distancia seguro nos dice muchas cosas sobre nuestro modo de participación en el culto durante la normalidad, y también sobre nuestra fe. Una pregunta que la habitualidad clausuraba y que ahora se nos abre para un espacio de reflexión.

En términos de espacio, la misa dominical la seguimos desde la televisión de nuestro dormitorio, solamente mi mujer y yo. Así, mantenemos la práctica común de asistir a misa siempre juntos, salvo rarísimas excepciones, hace más de 35 años. Actualmente los nuevos usos de los medios tienden a la dispersión, en donde cada uno accede por separado al contenido que quiere ver. Sin embargo para nosotros, contrariando la tendencia, ver televisión continúa siendo algo que hacemos juntos. En este sentido, la misa se acopló con total naturalidad al uso del aparato retransmisor. Desde lo funcional escuchamos la misa de una manera muy parecida a como miramos una serie. Operativamente, el

---

<sup>s</sup> Martin Heidegger, *Ser y Tiempo* § 71.

medio se impuso –en cuanto a la forma al menos– al mensaje. Sin ninguna valoración de lo que esto implique, es un hecho.

La primera decisión estuvo en la elección de la celebración. Nosotros elegimos con total naturalidad la misma misa y en el mismo horario que la que vamos siempre. Creo que una desesperada búsqueda de espesor real nos movió en este sentido, sin hacernos demasiadas preguntas. La conexión de internet es mala, se corta y a veces no se entiende. Sin duda sería mejor técnicamente otra transmisión, pero permanecemos obstinadamente arraigados a ese pasado que nos devuelve, aunque quizás sea un espejismo, alguna forma de realidad. Por alguna razón, es importante para nosotros que al menos lo que estamos viendo esté ocurriendo simultáneamente, y en la hora que ocurría antes. El tiempo puede ser una especie de sustituto del espacio. Es lo que tenemos a disposición.

Una segunda cosa que observo es nuestra actitud oral durante la ceremonia, lo que seguramente denota el grado de participación. Esta comprende responder, aunque en un tono mucho más bajo de lo que lo hacemos en el templo, a las distintas partes de la liturgia. Sin duda que la ausencia de la comunidad en un cierto sentido nos reprime, al menos sonoramente. Tampoco cantamos las canciones, permanecemos en silencio mientras duran. Hay como un extraño pudor que nos limita y que funciona de una manera inversa. Lo público es lo que generalmente retrae a las personas. Quizás sea una muestra del profundo e irremplazable sentido comunitario que tiene la celebración eucarística. Ese maravillosos sentirse un pueblo, que tanto extrañamos.

En concordancia con lo apenas dicho, está nuestro comportamiento corporal, anulado casi por completo. La misa la seguimos, como si fuera un acto de protesta, sin cambiar de posición durante toda su extensión. El tema de la participación comunitaria evidentemente da un sentido muy fuerte a las distintas posiciones que uno toma durante la celebración, pararse, sentarse, arrodillarse, encaminarse hacia el altar. Sin embargo, creo advertir también que en cierta forma el espacio del templo no solo permite, sino que invita al movimiento. Los movimientos corporales pierden para nosotros su fuerza en un espacio desacralizado, como si el movimiento ritual perdiera sentido sin un lugar propicio que lo albergue.

Por último, llega el momento más difícil, el de la comunión espiritual. A pesar del esfuerzo, es precisamente allí donde la ausencia adquiere una presencia incontrastable, donde de alguna manera el artificio revela su impotencia. Sin embargo, esa falta es al mismo tiempo la muestra inobjetable de que nuestra fe está atada misteriosamente a un vínculo real y material con el Señor. Ese que se establece a través de un modo singularísimo e irremplazable en la

Eucaristía y en la celebración eucarística comunitaria. Nuestra fe vive también de ese pan, concreto y tangible, un anhelo que el mayor esfuerzo espiritual no alcanza nunca a colmar. La añoranza de gritar con Juan: “¡Es el Señor!”<sup>\*\*</sup>.

Hace pocos días me enteré de un caso que llamó mucho mi atención. Una familia, que lamentablemente había perdido a un ser querido, propuso a los allegados la participación de una misa a través de las redes. A uno de los miembros de la familia se le ocurrió proponer que cada uno de los que asistieran pusiera delante del televisor pan y vino, de manera de representar las especies eucarísticas. Sin embargo, un sacerdote, con buen criterio me parece, desaconsejó tal práctica en favor de evitar confusiones. De todos modos, más allá de las implicancias de la propuesta y del error a que esta podría llevar a algún desprevenido, en esa actitud es innegable ver representado hasta el absurdo esa imperiosa necesidad de vínculo con lo real y material que implica el misterio de la Eucaristía.

### *Mañana*

En algunas de mis pocas salidas tuve oportunidad de pasar por el templo al que normalmente concurrimos. Habían sacado prácticamente todos los bancos y me impresionó como esta ausencia producía un cambio radical en la percepción del espacio. Si bien se trataba de elementos que desde el punto de vista arquitectónico podríamos considerar accesorios, su falta creaba una sensación totalmente extraña. Un vacío muy superior al propio volumen que en sí tienen los bancos. A veces la eliminación de una función, aludida por el elemento que se retira, cambia nuestra relación con el espacio. No era simplemente la iglesia vacía, situación muchas veces observada, sino una cuyo vacío resultaba particularmente evidente. Sensación aumentada también porque no era cualquier otra (en otros lugares he visitado iglesias sin bancos), sino que esa era “mi” iglesia.

A todos nos gustan las iglesias llenas de fieles, pero pensaba que quizás debemos amigarnos con el vacío, en tiempos donde las iglesias tienden a despoblarse. Es el tiempo que nos toca y hay que afrontarlo, como reiteradamente invita Francisco, sin convertirnos en “pesimistas, quejosos y desencantados”<sup>††</sup>. Quizás sea necesario aprender a utilizar ese vacío, justamente para desde allí volcarse con más fuerza hacia un apostolado que vuelva a llenar nuestros templos. A veces me asalta la sensación de que hacemos de cuenta que este fenómeno no ha ocurrido. Este vaciamiento es algo que ciertamente interpela

---

<sup>\*\*</sup> Jn 21,7.

<sup>††</sup> *Evangelii Gaudium*, n° 85.

también los espacios donde el culto se celebra. La pandemia y los templos necesariamente vacíos y cerrados pueden ser un inicio para romper una inercia y replantear los modos de celebrar y de significar el espacio religioso en el futuro inmediato.

Creo que una de las imágenes que quedarán para siempre en nuestra memoria después de la pandemia será la de Francisco rezando en la Plaza de San Pedro totalmente vacía. Tanta veces hemos visto ese espacio colmado de fieles, mezclados a curiosos y turistas, para quienes el Papa es poco más que una celebridad. Bienvenidos todos, porque el Espíritu sopla donde quiere, pero para el creyente esa plaza vacía será difícil de olvidar. Es ese vacío, no deseado, pero que simplemente ocurre, una posibilidad inmensa para la reflexión y para la oración. Vencer el barroco *horror vacui* puede ser una oportunidad para crecer.

Una de las características necesarias para dotar al espacio de significado es la luz. El gótico junto con el recién mencionado barroco –estilos por tantos motivos afines– son buenos ejemplos de espacios donde la luz es preponderante para su comprensión. Exiliados temporariamente de los templos me sobreviene un pensamiento sobre la caracterización de los espacios de culto a través de la luz. Su capacidad intencionada de dar textura y relevancia a la arquitectura. Durante la pandemia, hemos hecho denodados esfuerzos para convertir nuestras casas en templos, condenados al reflejo de una fría pantalla. Esta situación, pasajera, puede hacernos reflexionar sobre el hecho de que a veces tratamos nuestros templos, iluminados a toda hora con luz eléctrica, como si fueran estudios de televisión.

La iglesia a la que nosotros asistimos –por razones afectivas y geográficas– tiene una bella arquitectura de gran coherencia, en donde se destaca su cúpula. La función de esta, además de los múltiples significados a los que su forma remite desde muy antiguo, está en permitir la entrada de luz. Esta se desparra desde allí generosa, sobre todo en los mediodías, horario en que vamos a misa, produciendo un bello efecto que sin embargo es borrado al iniciar la ceremonia, cuando sin necesidad estalla la luz eléctrica, rompiendo la armonía que la luz natural brinda al espacio. Bastante tiempo después de concurrir cada domingo, descubrí con alegría que en uno de los vitrales, en el tambor de la cúpula, estaba San Agustín de quien soy particularmente devoto. La luz que inunda la nave es como la de una ciudad que impide ver el cielo estrellado.

La primordial relación entre tiempo y espacio es una referencia importante y digna de ser tenida en cuenta. La celebración de la Eucaristía rememora un hecho histórico bien concreto, la Cena del Señor. No es algo que ocurrió en un tiempo mítico, sino un determinado día de primavera, al caer la tarde.

Convertir los templos en un lugar donde esa particularidad del tiempo se diluye, para convertirse en un espacio donde esta temporalidad no se refleja es, a mi juicio, una pérdida. No por nada el *shopping center*, templo del consumo por excelencia, es denominado según la feliz expresión de Marc Augé como un no-lugar<sup>##</sup>, entre otras cosas porque en él se pierde la relación con el espacio exterior, las diferencias climáticas y las horas del día. En este sentido, cuando volvamos a celebrar en comunidad y en nuestras iglesias el misterio eucarístico, sería bueno recuperar los espacios de culto como lugares específicos, bien determinados y permeables a lo que la naturaleza nos regala.

Una luz más tenue también puede ser una invitación al recogimiento, que nos ayude, como decíamos anteriormente, a un recorrido hacia una intimidad que nos fortalezca también desde el vacío. Hacer lugar, hacer una pausa para partir nuevamente renovados, con vínculos más estrechos con los hermanos. Sin que esto signifique perder nada del sentido festivo de la celebración, sino al contrario, dotarla de un espesor, de una intimidad recobrada, después de la larga ausencia. No se trata tampoco de un repliegue defensivo, sino todo lo contrario, de un impulso para responder a la invitación de ser una “iglesia en salida”.

Buscar también una actitud que exprese también austeridad en momentos donde las necesidades y las carencia van en aumento, puede ser un mensaje. A veces cuando con razón se pide la colaboración de los fieles, porque las iglesias no pueden pagar las cuentas, entre otras cosas de la luz, sería coherente apagar muchas que no son necesarias. Puede ser un detalle menor, pero quizás enfocado desde una perspectiva más amplia que se relacione con una nueva forma de significar el espacio del culto pueda tener sentido.

Recuerdo el año pasado cuando un domingo de junio nos despertamos con un gran apagón, que cubrió prácticamente todo el territorio nacional. Nos encontrábamos por caso en Rosario y nos fuimos a misa a la no muy agraciada catedral, que se encontraba en una tenue penumbra. El sacerdote llamó a los pocos fieles que estábamos a acercarnos al altar y comenzó a celebrar con el sonido de su voz y a la luz de las velas del altar. También los cantos se realizaban con el volumen que cada uno de los asistentes proveía, sin el liderazgo de una voz amplificadora. Todo se desarrollaba magníficamente, hasta que volvió la luz (eléctrica) y toda la magia desapareció instantáneamente inundada en un mar inclemente de fotones.

Algo similar a la luz se podría esbozar sobre el sonido. A veces la sensación es la de vivir bajo la dictadura del micrófono. Al igual que sucede con la

---

<sup>##</sup> Marc Augé, *Los no lugares: Espacios del anonimato*.

luz, no se discuten las ventajas de poder ampliar el sonido para llegar a muchas personas ubicadas lejos del emisor. Pero la pregunta es si esto es necesario siempre, en toda situación, cuando con la voz humana sería suficiente. El micrófono contiene una velada trampa de autoritarismo; es la voz que por potencia se sobrepone a las demás. Una ley que como la de gravedad se impone inexorablemente. La ausencia del micrófono iguala, y obliga al que habla a sustentar su autoridad más en la verdad de lo que dice que en la fuerza bruta de los decibeles. Por otra parte, el volumen natural de la voz reclama el silencio, tan necesario para la introspección de quien escucha. Se revela finalmente en una herramienta en favor del auditorio, porque lo dispone más amablemente.

El espacio, como quería Kant, es forma de la sensibilidad, proyección de nuestro entendimiento que los sentidos hacen de alguna manera posible. Obligados por la pandemia a delegar el espacio sagrado a la virtualidad de los medios tecnológicos, cabe la pregunta de cómo será nuestro reencuentro cuando podamos recuperarlo. Si es posible, a partir de la experiencia de una virtualidad forzada, superarla con un espíritu renovado, que sea más fecundo para nuestra vida de creyentes. Ver con ojos nuevos nuestros templos, que tal vez habíamos incorporado a nuestra paisaje vital con el descuido de lo cotidiano.

El templo es el lugar del sacrificio, de la presencia real en el sagrario, es mucho más que un espacio de contención inerte. Su importancia es insustituible para el culto cristiano, y ahora lo hemos experimentado tal vez como nunca antes. Se ofrece una oportunidad para resignificarlos y hacer que de esa espacialidad broten celebraciones que tengan el sabor del vino nuevo. Una nueva intimidad, una mayor profundidad, que se apoye en gestos concretos. El barroco es una empresa notable en el sentido de resignificar el espacio de culto, para adaptarlo a su tiempo. No se trata de un resurgimiento estilístico, sino de una simple toma de conciencia que registre la particularidad del tiempo que se avecina.

No se trata de renegar de los medios tecnológicos, sería por otra parte mezquino, visto que nos han permitido de alguna manera seguir adelante, practicando en lo posible nuestro culto. Se trata, por el contrario, de comprender lo que es temporario, para regresar fortalecidos a lo que será en breve, Dios mediante, cotidiano. Para darnos el espacio interior, acompañados del espacio físico, para renacer en el misterio de la Eucaristía. Sin perder dimensión espiritual, recibir el cuerpo de Cristo en una ambiente que haga más fecunda la comunión. Una fe que no olvide el cuerpo de Cristo realmente presente, que refuerce la alegoría paulina del cuerpo místico, que es la Iglesia, y que con Agustín nos haga esperar en el destino trascendente del nuestro propio. A este destino estamos llamados por la primicia de Jesús, resucitado y subido a los Cielos.

En el final del primer acto, el sabio Gurnemanz le dirige a Parsifal, mientras juntos se dirigen precisamente a celebrar el rito eucarístico del Santo Grial, una frase de las más enigmáticas de todo el poema: “Aquí el tiempo se transforma en espacio”<sup>ss</sup>. Independientemente de la significación que Wagner haya querido darle a sus palabras, eternamente discutida, las palabras del caballero pueden ser aplicadas a nuestros días de cuarentena. Que el tiempo transcurrido se transforme en un espacio, interior y litúrgico, más rico.

---

<sup>ss</sup> Richard Wagner, *Parsifal*: “zum Raum wird hier die Zeit”.